

Las cabras son malas personas. Verata, alpina, florida, celtibérica, murciana-granadina, pirenaica, retinta extremeña, aragonesa o serrana: hijas de puta todas, de la primera a la última. Animal de mierda, cretino unglado. Mi padre tuvo cabras. Todos los días íbamos a ordeñarlas. Sé de lo que hablo.

Las cabras son un pozo sin fondo de mala fe. Sólo se mueven por insidia y ganas de joder. Si tuvieran dedos prensiles para esgrimir cuchillos y empuñar metralletas destructoras, no dudarían ni un segundo en matarnos a todos, porque son desalmadas y vengativas, cobardes, retorcidas, taimadas, sibilinas. Es verdad que el ser humano ha tirado bombas atómicas y ha exterminado a pueblos enteros, pero una cabra expelería mil de esas simpáticas bolitas fecales sobre la tumba de tu madre si pudiera. Luego balaría de gustirrinín. Sospecha siempre, incauto pastorcillo, inocente forastero de turismo rural, de una cabra zalamera: sólo lo hacen para emboscar aún más sus acechanzas, esas que te dan por culo como sólo un cabrero sabe. No te fíes jamás de una cabra, no le des chance, motivo ni pie, multiplica la desconfianza y aguarda lo peor.

Hay que gastar tantas energías, tanto dinero y tanta pasión en dominar al ganado caprino, que su productividad es despreciable. Invirtiendo el mismo volumen de esfuerzo, cualquier persona se haría rica con otro negocio. Pero aquí no: preferimos seguir haciendo el capullo. En las antípodas nuestras se encuentran los países poderosos o imperialistas, que decidieron hace mucho apartar a las cabras de su camino de éxito y crecimiento perpetuo. No hay rastro de bichos con cuernos que balan en ninguna de las tierras de las naciones que pertenecen al G7. Las cabras son un reducto de feudalismo,

de antiguo régimen, de extraviado modelo económico. Así nos va. Cada vez que veo a una cabra pariendo un chivo pienso: otro tren que dejamos pasar; otra oportunidad perdida; hasta luego, desarrollo; adiós, crecimiento; Keynes, por favor, haz recapacitar al campesinado. Y cosas por el estilo.

Otro signo inequívoco de que las cabras son jodidas lo representa el hecho de que ninguna potencia espiritual tiene a este protervo animal por sagrado. Mira que hay ídolos, deidades, símbolos totémicos, emblemas protectores e imágenes sacrosantas, pero no por avatares del azar a las cabras les están vedadas las altas consideraciones místicas. Los diferentes pueblos orientales, que en estas cosas siempre idolatran un paso por delante, adoran a las vacas, los monos, las serpientes, los elefantes, los dragones... Esa pachorra tan insolente no la hubiera tenido Buda de haber tenido que apañarse con un rebaño de cabras. También los musulmanes se alinean conmigo a este lado del redil, pues, como pueblo campesino que son, saben que si Mahoma no va a las cabras, segurísimo que las cabras jamás irán a Mahoma. Por eso, y por otras cosas que no vienen al caso, prefieren comer cabras, y no cerdos. Igual les pasa a los judíos. Todos nuestros hermanos monoteístas parecen haber llegado al mismo punto que yo, que pido caldereta de chivo y me recreo con ella siempre que puedo: comerse a una cabra es mejor y menos peligroso que convivir con ellas. Y encima es una alegoría de victoria, como para los indios portar las cabelleras enemigas. El cristianismo, por otra parte, se cuidó bien de no malograr simbólicamente a los cuatro evangelistas, astutamente asociados con ángeles, águilas, leones y toros. Yendo un poco más atrás, testamentariamente hablando, siempre he pensado que, si en lugar de un corderillo, el atormentado de Abraham hubiera ofrendado una cabra a Dios, este se habría puesto de muy mala

hostia y aún hoy seguiríamos escandalizados por el terrible y brutal destino de Isaac. Sólo civilizaciones desgraciadas con dioses de quincalla pueden reverenciar a las cabras, mitificar a las cabras, saciar con cabras la celestial sed de sangre. No me extrañaría nada que los neandertales, los atlantes o los soviéticos fueran de la opinión contraria: y aquí estoy yo ahora, y ahí estáis vosotros ahora.

Como los conocimientos rurales han horadado la cultura común hasta hace pocas décadas, la lengua, la imaginaria y el saber popular están jaloados de alusiones caprinas que inequívocamente garantizan cosa mala o catastrófica. Así, ser un cabrón, estar como una cabra y cabrearse devalúan la honestidad, el carácter y el ánimo. Más aún se deprecia la palabra (la verdad, por tanto) de un chivo expiatorio, aunque no tanto como el amor propio de aquel al que le han puesto los cuernos. Siglos de erudición bruñida se condensan en «abracadabra, pata de cabra», que no por accidente sirve para invocar a un demiurgo maligno y pérfido, en contraste con el «cordero de Dios» habitual en los tratos con el Padre benefactor. Un Padre, por cierto, del que pretende apartarnos el Diablo, significado como un macho cabrío (algo, sin duda, muy macabro). Volviendo a asuntos más terrenales, no os quepa la menor duda de que el primero que exclamó: «¡Me cago en la leche!», se estaba cagando en la leche de cabra, precisión que eludió por mera economía del lenguaje.

Llamadme vehemente, pero nunca he yacido en la misma dehesa con una moza nacida entre el 22 de diciembre y el 20 de enero. Con ese ascendente se la vais a dar a otro, si queréis.

Hay entre los campesinos, a pesar de todo, algunos descarriados que entienden a las cabras, empatizan con ellas, las honran, las aprecian, ¡las

aman! Quiero creer que dicha reverencia se deriva de un sumo respeto por el poderoso enemigo: Alejandro Magno acabó honrando la memoria de Darío; Saladino y Ricardo Corazón de León terminaron en la cama. El cabrero que venera a la cabra justifica su malévolo comportamiento en base a una agudísima inteligencia que las hace tener conciencia de clase oprimida. Es por ello por lo que el cabrero que venera a la cabra es invariablemente ácrata. «¿Qué harías tú en su lugar?», te preguntan. «No son sumisas y obedientes como los borregos. Nosotros somos los patrones y ellas las sindicalistas, entiéndelo». Cada mañana, el cabrero que venera a la cabra se enfrenta al rebaño como un cacique a su cuadrilla de anarquistas: con condescendencia, no sin cierto paternalismo seráfico, sabiendo que el alcance de sus emboscadas es limitado, aparentando pericia, infundiendo acato... con la ínclita diferencia de que el cabrero que venera a la cabra ha acabado por sufrir un grado terminal de síndrome de Estocolmo. El cabrero que venera a la cabra ha leído a Platón y sabe que ellas son los sujetos que se levantan en la caverna, que miran hacia atrás y aprehenden la realidad mientras que el resto de los animales domesticados del mundo siguen encadenados, viendo sombras. El cabrero que venera a la cabra se alegra cuando una de estas se le escapa del redil: sabe que la Humanidad depende de que seamos capaces de imitar gestos como ese.

Y, después de todo, tiene cojones la cosa, solté un puñado de lágrimas el día en el que mi padre vendió las cabras. Ahora aprovecho los viajes para conocer las razas autóctonas. No imagino mi futuro sin un rebaño decente. Encerradme en un manicomio, colegas.